edificado la casa de su medicina) sería más enferma, pues quedarían salitrales, cuyos polvos cegarían la ciudad con los aires que de continuo soplan; y vemos que cuando va faltando el agua sale un olor de marisco que inficiona a los hombres; y como sea cierto que de todo punto no puede faltar el agua, por ser el lugar hondo y donde ha de recibir las de el cielo cuando a su tiempo llueve, está en disposición de matar su mal olor, causando pestilencias, queriéndola sangrar y desaguar de todo punto, pues no hinchendo aquella hondura de tierra y emparejándola con la demás (lo cual es imposible) se ha de henchir de agua, que es lo más fácil y cierto; y ésa, por ser poca y las razones dichas, ha de ir en disminución, y por esta razón creciendo el mal olor que de sí hecha y matando con él; y así me parece que si el interés de las labranzas no llamara por su parte, era muy mejor para la ciudad que siempre estuviera llena, pues sabemos que a sus moradores indios nunca hizo mal, aunque más llena y colmada estaba.

CAPÍTULO XXIX. *De otras muchas y grandes poblazones que había en este mundo nuevamente descubierto*

A QUE LA MAJESTAD Y GRANDEZA de Mexico y su comarca me han forzado a detener algo más de lo que la brevedad pide en historias, quiero correr la mano en lo que resta, para que la brevedad de lo uno supla la prolijidad de lo otro. Y tornando a los edificios y poblazones de esta Nueva España y otras algunas provincias de distintas gobernaciones, decimos que hubo muchas, grandes y populosas (en especial en esta Nueva España) dentro de trescientas leguas, contando de Mexico hacia el oriente y mediodía, y de estotra parte de el poniente a Mechuacan o gente tarasca, cuya cabeza fue Pazcuaro, cuarenta leguas de la dicha ciudad de Mexico, la cual está situada en una ladera sobre una muy hermosa laguna, tan grande y mayor que esta mexicana; y excede esta laguna de Mechuacan a la de Mexico en ser de agua dulce y tener mucho pescado y bueno; y uno, que es a manera de sardinas que en su lengua llaman charari y es en algunas partes muy hondable, la cual se navega en canoas y algunas muy grandes por el peligro de las olas cuando sopla el viento.

La provincia de Panuco, a la Mar del Norte; la provincia de Zacatula, a la de el Sur; la ciudad de Huaxacac, al oriente, ochenta leguas, con otras muchas poblazones de la provincia que se llama de los mixtecas y zapotecas; y la de Nexapa, la de Tequantepec, la de Xoconochco, donde se coge gran cosecha de cacao, que es la almendra que en otro lugar dijimos; el reino de Quauhtemala por la parte que va por las sierras; y había entre ellas ciudades cercadas de cava muy honda, como era la que se llama Quauhtemala (o ciudad vieja), y otra que era como cabeza del reino, llamada Ultatlan, fundadas de maravillosos edificios de cal y canto. Por la parte de los llanos, a la costa de el Mar de el Sur, es toda tierra felicísima,

y cuando al principio entraron por aquella tierra los españoles, eran tantos y tan grandes los pueblos y lugares y de tan inmensas gentes, que a los que iban adelante les parecían ciudades tan grandes como la de Mexico y, volviendo al capitán con mucho gozo, le pedían albricias por hallarlas tan parecidas a ella, en el gentío y edificios nobles, así de templos de ídolos, como de casas de señores; y esto era cuasi a cada paso. Tanta como ésta era la poblazón de aquella tierra y la fecundidad de los moradores de ella.

Yendo predicando religiosos de mi padre San Francisco y confesando por la provincia zapoteca (cuya cabeza es Tequantepec) llegaron a un pueblo llamado Mictlan (que quiere decir Infierno) y fuera de contar la muchedumbre de gente que en el pueblo había, notaron los más soberbios y suntuosos edificios de cuantos habían visto en esta Nueva España; entre los cuales fue un templo del demonio y aposentos para morada de sus infernales ministros, y entre otras muchas cosas que en él había muy de ver, era una sala, cuya obra era artesonada, edificada de piedra labrada de muchos lazos y otras muy curiosas labores. Había muchas portadas y cada una de solas tres piedras, dos en hileras a los lados y otra atravesada encima, de manera que con ser muy altas y espaciosas estas puertas, eran las piedras suficientes para el edificio; tan gruesas y tan anchas eran que afirman poderse hallar pocas sus semejantes.

Había en aquellos edificios, o cuadro de templo, otra sala toda armada sobre pilares redondos de piedra muy altos, y tan gruesos que apenas dos hombres de buena estatura los podían abrazar, ni juntar las puntas de los dedos el uno con el otro; y estos pilares eran todos de una pieza y, según dijeron, todo el pilar y columna de alto abajo tenía cinco brazas y eran muy semejantes a los de la iglesia de Santa María la Mayor en Roma, todos muy bien y lisamente labrados.

CAPÍTULO XXX. *De la fundación de la Ciudad de los Ángeles, de su sitio y aumento*

A CIUDAD DE LOS ÁNGELES (según tradición, relación y noticia verdadera de los antiguos) fue fundada primero de indios naturales, los cuales por guerras que tuvieron con enemigos convecinos se despobló, quedando el sitio destruido y asolado, y no pienso que esto fuese hecho acaso sino muy a consejo y acuerdo de Dios, el cual para honra de sus ángeles quería que allí, en aquel mismo lugar, fuese edificada ciudad cuyo nombre y blasón fuese de ellos y que se conociese en la tierra (destruyendo el sitio de la falsa adoración de los ídolos y debajo de ellos los ángeles malos y rebeldes el poder que contra ellos les dio Dios en el cielo, echándolos de él confusos y avergonzados de haber acometido pensamiento tan loco y atrevido como era apetecer la igualdad de su majestad altísima,